

sación: Hastings y los consejeros querían obligar á sus adversarios á desarrollar todas sus acusaciones, presentar todos los testigos, y exponer todas las pruebas ántes de que empezase la defensa. Los lores se retiraron á su cámara á deliberar. La primera decision acerca de esta cuestion prévia no dejó duda del resultado del proceso, pues las pretensiones de los Comunes fueron rechazadas por las dos terceras partes de la cámara alta.

Continuando la audiencia, Fox, ayudado de Grey, desenvolvió el capítulo de acusacion relativo á Scheite Sing. La lectura de los documentos y las declaraciones de los testigos duraron muchos dias. La direccion del siguiente capítulo sobre las princesas de Uda se habia confiado á Sheridan, que habló dos dias en medio de la mayor ansiedad pública: la sala estaba tan llena que parecia faltar la respiracion; y dicen que por un billete de entrada se pagaron hasta cincuenta guineas. Sheridan, al terminar su peroracion con un acto escénico que su padre hubiera envidiado, cayó casi desvanecido en los brazos de Burke, que le recibió con toda la energía de una noble admiracion.

Entretanto caminaba á su fin el mes de junio, la legislatura iba á concluir, y la acusacion no daba un paso. De los veinte capítulos solo se habia discutido uno. La curiosidad pública se cansó, porque el espectáculo cesó de tener el atractivo de la novedad. Exámenes de testigos, discusion de cuentas, lectura de documentos, diálogos muchas veces acerbos y triviales entre los acusadores y los defensores del acusado, quitaban á las audiencias su primitiva importancia.

Añádanse á esto, las idas y venidas de los pares desde su cámara á la sala de Westminster; pues siempre que surgia una cuestion de derecho, sus señorías se retiraban á discutirla y deliberar en secreto: lo cual hizo decir un dia al último lord Stanhope: « Los jueces caminan mucho; pero el proceso no marcha adelante. » Además, cuando empezaron los debates en la primavera de 1788, ninguna gran cuestion interior ó extranjera ocupaba la atencion pública; pero, al año siguiente, la enfermedad del rey, las discusiones parlamentarias sobre la regencia y la esperanza de un cambio de ministerio hicieron olvidar casi enteramente los asuntos de la India; quince dias despues que Jorge III fué á San Pablo á dar gracias á Dios de su cura, los Estados Generales se reunieron en Versalles.

Inútil es enumerar las várias causas que convirtieron aquel proceso en uno de los más largos entre todos los que recuerdan los anales del crimen. En 1788 la cámara de los lores le consagró treinta y cinco dias; en 1789 solo diez y siete; en 1790 se disolvió el parlamento, y los amigos de Hastings esperaron que la nueva cámara de los Comunes desistiese de la acusacion. El año ántes habian conseguido un voto de censura contra Burke por algunas expresiones demasiado fuertes á propósito de la muerte de Nuncomar y de las relaciones de Hastings y de

Impey; animados con esto, trataron de sostener que una disolucion anula los procedimientos criminales empezados por el parlamento disuelto. Esta grave cuestion de derecho constitucional se habia ventilado ya en tiempo de Carlos II, con motivo del proceso del conde de Danby, y entonces se resolvió definitivamente, decidiendo los lores que las acusaciones continuasen de uno en otro parlamento. Entonces los consejeros del acusado pidieron formalmente el abandono del proceso; pero recibieron otra negativa. No obstante, la mayoría consintió en retirar muchos capítulos de acusacion; sin lo cual no se hubiera concluido el proceso ántes de la muerte del acusado.

Por último, en la primavera de 1698 pronunció el tribunal la sentencia. Habian trascurrido diez años desde que Hastings fué llevado la primera vez por los hugieres desde los Comunes á la cámara de los lores. Una cámara alta no será nunca imparcial, principalmente teniendo que juzgar á un gran funcionario público, acusado de un gran delito de Estado. Nadie dudaba, pues, que Hastings sería absuelto; sin embargo, parecia que la última audiencia habia excitado la curiosidad pública. Multitud de espectadores se agolpó de nuevo á la vasta sala de Westminster; pero ¡cuántos de los que asistieron á las primeras audiencias habian muerto! ¡Qué cambiados estaban los que aun vivian! Adonde quiera que se dirigiese la vista ¡qué ejemplos dolorosos de la inconstancia de las cosas humanas, de la inestabilidad del poder, de la fama, de la vida, y de la inestabilidad mas triste aun de la amistad! De setenta individuos de la alta nobleza que formaban parte de la procesion el primer dia, sesenta dormian el sueño eterno en los sepulcros de sus familias; los antiguos individuos de la oposicion se sentaban en los bancos del ministerio; los diputados ministeriales votaban con la oposicion. Aquella noble falange de hombres grandes, ligada un tiempo por tantos vínculos públicos y privados, no existia ya; se habia roto violenta y públicamente con lágrimas y borrascosas recriminaciones. Si sus individuos, un dia tan amigos, tenian que reunirse para tratar de los deberes comunes, se trataban como extraños; graves, frios, reservados, saludándose apenas: Burke y Windham á un lado; Fox, Sheridan y Grey al otro. De veintinueve pares que tomaron parte en la votacion, solo seis declararon á Hastings culpado en los capítulos relativos á Scheite Sing y las begum; en los demas capítulos la mayoría fué aun mas considerable, y en algunos hubo unanimidad á favor de Hastings. Mandado venir al acusado, el presidente le declaró que los lores le habian absuelto: Hastings hizo un respetuoso saludo á los jueces, y se retiró.

Resultado previsto y que satisfizo á la mayoría de la nacion. Todo cuanto habia sido contraria á Hastings la opinion pública en un principio, otro tanto le fué despues favorable. Tal es

la naturaleza humana. En los individuos como en la multitud, á una violenta conmocion sucede casi siempre una perfecta calma, á veces hasta una reaccion no ménos viva. Estamos dispuestos siempre á rebajar el mérito de lo que hemos elogiado demasiado, y á ser indulgentes con aquellos á quienes hemos tratado con innmerecido rigor. Cuando el pueblo inglés se declaró favorable á Hastings, incurrió en los mismos excesos que cuando se le habia mostrado contrario. Un proceso de diez años despertó la compasion hácia el acusado; y por grandes que fuesen sus delitos, se consideró aquel como suficiente pena. Las grandes causas políticas, decian, no deben juzgarse como las causas ordinarias; un hombre que gobernó un inmenso imperio durante trece años, no es extraño cometiese algunos actos reprobables, sin que por eso deje de merecer recompensas y honores, no multas ni cárceles. Los periódicos, eficaz instrumento descuidado por los acusadores, eran afectos ó estaban vendidos á Hastings y á sus amigos.

Cuanto llegaban de Madras ó de Bengala, le defendian con ardor extraordinario; y entre los suyos tenia la autoridad de un oráculo. Aunque destituidas de verdadera importancia las muchas cartas que le enviaban los indígenas, causaron profunda impresion en Inglaterra; hasta se decia que los habitantes del Benares le habian erigido un templo y le adoraban como si fuese un dios. « ¿Por qué admirarse (exclamó Burke) de semejante deificacion? ¿No es conocida la mitología de los bramanes? ¿Quién no sabe que si adoran á Dios por amor no le adoran ménos por miedo? ¿Quién no sabe que elevan templos, no solo á las divinidades benéficas de la luz y la abundancia, sino tambien á los genios que presiden á las enfermedades y á los homicidios? En cuanto á mí, no disputaré jamas á Warren Hastings el derecho de obtener un puesto en este panteon. »

Hastings habia conseguido una absolucion solemne; pero si su reputacion no se hubiese resentido de ello, le habria valido mas declararse culpado desde el primer dia, y pagar una multa de cincuenta mil libras esterlinas. Los gastos del procedimiento, los honorarios del mayor Scott y de los defensores, las subvenciones de los periódicos, los salarios de los escritores, habian consumido casi todo su caudal. En 1790 el favor de los periódicos le costaba ya veinte mil libras esterlinas, como Burke lo declaró á la cámara de los Comunes. Mientras Logan le defendia en prosa, Simpkins hacia una parodia poética de los discursos de sus acusadores; John Williams, bufon malicioso que se llamaba á sí mismo Antonio Pasquin, le defendia en el escenario de su teatro; aliados que le costaban sumas enormes. Por otra parte, el banquero á quien mistress Hastings habia confiado su tesoro particular quebró y desapareció. No obstante, si Hastings hubiese obser-

vado una prudente economia, no le faltaran aun suficientes medios; pero por desgracia, no supo administrar bien su hacienda. El mismo año que empezaron los debates de su proceso, habia logrado al fin realizar el mas caro deseo de toda su vida; la compra de Daylesford. Pero este antiguo castillo, vendido hacia setenta años, estaba ruinoso y las tierras á él anexas permanecian sin cultivo. Hastings tuvo que edificar; plantó un parque, formó estanques de peces, y cuando le absolvieron, llevaba ya gastadas 40,000 libras esterlinas en hermosear á Daylesford.

Los directores y los propietarios de la Compañía de la India Oriental se mostraron ingratos con Hastings. Sus amigos habian pedido que se le indemnizase de todos los gastos del proceso, y que se le fijara una pension de 5,000 libras esterlinas. Dundas, entonces presidente del consejo de revision, hizo desechar esta proposicion, y despues de largos debates, se decidió que la Compañía pagaria á Hastings 4,000 libras esterlinas anuales, y que en atencion á la estrechez en que se encontraba, le anticiparia diez anualidades. Se le prestaron además 50,000 libras esterlinas sin interes. Estas cantidades hubieran debido bastarle para vivir hasta con lujo; pero no conocia regla, y tuvo que pedir á la Compañía nuevos socorros pecuniarios, que esta se apresuró á concederle.

La subsistencia de Hastings estaba asegurada, pero no satisfecha su ambicion. Mientras que Pitt fuese ministro no tenia esperanza de conseguir el poder ni las dignidades que deseaba; y cuando Pitt salió del ministerio, estaba próximo á cumplir setenta años. Una vez absuelto, trató (y fué su única y poco honrosa tentativa política) de impedir que la coalicion de Fox y de Pitt derribase á Addington, prevaleciendo en él el deseo de venganza al amor patrio, y su odio personal al interes general.

Hastings pasó en Daylesford los últimos veinticuatro años de su vida, ocupándose en hermosear sus propiedades, en montar hermosos caballos árabes, en engordar ganado, en domesticar algunos animales de la India y aclimatar los vegetales mas preciosos. Consagraba tambien parte del dia á la literatura; y los libros, que siempre habia amado, se habian convertido para él en una necesidad. Sin ser poeta, hacia versos agradables con bastante facilidad; y cada mañana, á la hora del almuerzo, leía á la familia y á los huéspedes alguna nueva produccion. ¿Por qué no le hemos de perdonar una debilidad que, como él, tuvieron dos grandes hombres, Dionisio y Federico?

Siendo ya de edad muy avanzada, Hastings volvió á excitar la atencion universal. En 1813 la Compañía de las Indias Orientales pidió la renovacion de su carta, y con este motivo se empeñó en el parlamento una larga discusion sobre los asuntos de la India. La cámara de los Comunes resolvió interrogar testigos, é invitó



á Hastings á presentarse. Veinte y siete años ántes habia leído allí su respuesta á la acusacion de Burke; pero en tan largo intervalo, la nacion habia olvidado sus culpas, no recordando mas que sus servicios. La inesperada reaparicion de uno de los hombres mas distinguidos de la generacion precedente, que pertenecia ya á la historia; de un hombre que parecia salir del sepulcro, debió producir una impresion tierna y sólemne. La cámara de los Comunes le acogió con aclamaciones, dispuso le trajesen un sillón de brazos, y al retirarse, la mayoría de la asamblea se levantó y se descubrió la cabeza; solo algunos de sus acusadores que asistian, permanecieron sentados sin descubrirse. Los lores le dieron las mismas muestras de respeto, y por último, la universidad de Oxford le confirió el grado de doctor en leyes.

Tampoco le faltaron pruebas del favor real. Nombrado individuo del consejo privado, tuvo una larga conferencia particular con el príncipe regente, que se le mostró afectuosísimo. Cuando el emperador de Rusia y el rey de Prusia visitaron á Inglaterra, formó parte de su séquito á Oxford y al Guildhall, y en medio de la turba de príncipes y generales, fué recibido donde quiera con respeto y admiracion. El regente le presentó á Alejandro y á Federico Guillermo,

declarando públicamente que se debian y concederian las mas altas dignidades al grande hombre de Estado que habia salvado las posesiones inglesas en la India. Hastings partió, convencido de que pronto sería nombrado par; pero tambien esta vez sus esperanzas se convirtieron en humo.

Sobrevivió cuatro años á este último engaño, conservando hasta la muerte el entero uso de sus facultades y una perfecta salud. Espiró el 22 de agosto de 1818, de edad de ochenta y seis años, con la tranquila dignidad de que habia dado tantas pruebas en sus muchas vicisitudes.

El juicio, ante todo, debe ser imparcial. Su moral era demasiado relajada, su corazón demasiado duro; no respetó cual debia los derechos de sus semejantes, ni experimentó ninguna simpatía hácia sus padecimientos; pero si le acusamos de injusticia y de crueldad, admiramos la fuerza y la fecundidad de su mente, su raro talento para el mando de los ejércitos, para la administracion, para la discusion; su indómito valor, su honrosa pobreza, su ardiente celo por los intereses del Estado, su serenidad noble, que resistiendo á todas las pruebas de la fortuna permaneció inalterable en la desgracia como en la prosperidad.

MACAULAY.